

CARLOS LABBÉ

**CORTAS LAS
PESADILLAS
CON ALEBRIJES**



CARLOS LABBÉ (Santiago de Chile, 1977) ha publicado la hipernovela *Pentagonal: incluidos tú y yo* (2001), las novelas *Libro de plumas* (2004), *Navidad y Matanza* (2007), *Locuela* (2009), *Piezas secretas contra el mundo* (2014) y *La parv* (Sangra, 2015), más los cuentarios *Caracteres blancos* (Sangra, 2010) y *Short the Seven Nightmares with Alebrijes* (2015).

Ha sido traducido al inglés, alemán y turco. Músico, editor, tallerista, guionista y crítico literario, es parte de este colectivo editorial Sangra.

INSTANTÁNEA RELACIÓN, 7

© Carlos Labbé Jorquera

© Derechos reservados para esta edición:

2017, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Martín Centeno y Camila Soto Illanes.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de colección fue realizado por Sangría Editora.

Edición digital de febrero de 2017.

Permitimos la reproducción de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.

Yo no me explico el amor sino por los muertos.
Gabriela Mistral

1

A veces pareces una vieja. A veces un niño. Me han dicho hartas veces lo primero –el pelo cansado y la voz rasposa– por mis maneras confianzudas, por mis mañas. Es porque hago clases, porque soy inflexible. Pero eso otro no, nunca antes me lo dijeron. ¡Un niño! Otro niño pasa caminando, lleva la cruz de cartón piedra en el hombro y alrededor suyo el resto se pinta, alguien escupe su mezcal, la orquesta raja el aire con su silencio metálico, allá el Papa con máscara horrenda ofrece su anillo de confitura al beso del turista, una simple ropa fosforescente de esqueleto con el pico al aire que baila y tira un líquido, y mira severamente a quien le ofrece totopos porque llevan carne mientras una señora viene y le arrebató al muchacho la cruz, y quiénsá le revienta la botella en la cabeza cuando a su grupo le correspondía cargarla: borrachos, solemnes, irrespetuosos, dejen de hacerlo sobre la tumba, que recién regamos las flores con agua de Jamaica.

¿Pero entonces prefieres las viejas o los niños? Las mujeres, le responde. Los hombres, le responde.

Se miran y apenas no se ríen. Lleva una bolsa en la mano. ¿Qué compraste? ¿Una artesanía? Un gato echado, fijate. Le cuelga la patita. Eso no es un gato, y se lo arrebatara también. Es un alebrije. Un pedazo de madera nada más. Siguen caminando. Nadie acepta las monedas que ofrecen, sólo que les tomen la cintura y que vayan a conseguirles cerveza mejor, porque allá hay alguien llorando y turistas somos todos, quién no tiene algún muerto para ofrecerle un pedazo de esta tlayuda o siquiera un pisquito se hubieran traído ustedes.

¿Entonces qué te gusta, cómo te gusta?

Pero no están conversando aquí mismo. Están a miles de kilómetros de distancia entre sí, en Brooklyn y en Oaxaca; ella está borracha sobre la tumba de la otra, en el claustro; un dios plateado en los cinco niveles superiores y una culebra de hielo cuatro niveles bajo este pedazo de tierra se enamoran; él consiguió un honguito que se comería para ir a llorarlo al otro en el cementerio durante la noche de muertos; era una pareja de turistas que se peleó en el hotel, ella se arrancó a un bar para estar sola y justo pasaba lo del narco que le dispara a la gringa que lo insulta en el baño.

Elige una historia cualquiera de distanciamiento, le dijo. Cualquiera. Sólo importa que a esta hora al otro lado estén celebrando noche de vivos.

Se miraron. No se miraron, le respondió. Sólo importa que ese alebrije sea de madera y no de papel rayado.

2

Quise que todo fuera una pesadilla, pero no.

Mi nombre es Pedro Linares ahora. El nombre de ella es Pedro Linares. Pedro Linares tenía doce años cuando aprendió de su padre el oficio de la cartonería. Por aquella época con sus hermanas hacían máscaras de carnaval, piñatas y judas que vendían luego en La Merced, en el zócalo, a la salida de las mezcalerías, a la siga del güerito todo el día y también toda la noche cuando llegaba el día de muertos, las guelaguetzas, la calenda y semana santa. Un día la niña Pedro Linares cayó con fiebre por una infección en el polvoriento pie derecho.

Entonces vino lo que vino por detrás del árbol de copal.

Un día Pedro Linares, 37 años, cayó con fiebre por una infección en la mano derecha, donde se había cortado con el cuchillo. Un día la muchacha Pedro Linares, de tanto reposado y añejo con que la regalaba el güerito, se agravó de su úlcera y cayó con una fiebre larga. La

madre con las hermanas se reunieron alrededor de su lecho, encendieron los cirios y empezaron la letanía.

Sin hambre finalmente, libre y riéndose, Pedro Linares se paseaba por un bosque de ocotes. De pronto se encontró frente a un árbol de copal. Buscó su cuchillo, pero no tenía dedos. Sólo le quedaban los ojos hinchados. El árbol se le animó, se le fue revelando hasta hacerse a un lado. Pedro Linares entró en el siguiente bosque, ahí donde se movían todo el día y durante la noche unos seres extraordinarios, indescriptibles si no fuera por las palabras largas con sonidos crujientes que le salían al paso; querían devorarlo algo, pero Pedro Linares no tenía nada suyo que ofrecerles. Entonces la multitud comenzó a gritarle «alebrije, alebrije, alebrije». El griterío era tal que tuvo miedo y quiso salir de ese lugar. Así fue como despertó en su propio velorio.

Cuando intentó contarle la fiebre a sus hermanas, mientras iban por el sendero barroso de camino a la ciudad, se dio cuenta de que no entendían sus palabras. Supo que nadie iba a figurarse aquellos burros azules con alas, esas serpientes felinas con grandes fauces, crestas doradas y patas de gallo jaspeado.

Quise que todo fuera una pesadilla, pero no. Eso me respondería Pedro Linares.

Así que tomó asiento frente al bosque de ocotes, sacó su cuchillo y empezó a tallar. Luego los pintaremos,

agregó. Y los bautizamos con el nombre de su fiebre para que toda la región los pueda replicar, para que los falseen, los transformen, los inventen otra vez, que el güerito nos los compre para que nosotros le vendamos, así más tarde podremos ir donde él a comprar aunque sea más caro.

Estos que fabrico yo están muy bonitos, responde, y me pasa el cuchillo. Los de mi fiebre se me hacían horrendos.

3

También parece un gato, pero más un ocelote aunque puro amarillo y como flauta. Ese me despierta con su soplaje cada mañana antes que los gallos y que el sol. Lo primero que hago es mojarme los pies, las manos, la cara para darme cuenta de que ahora estoy en tiempo de trabajo. Avivo el brasero, revuelvo la mezcla en el metal y traigo un poco más de agua. Despierto a mi hija, a mi otra hija, también al hijo, para que me ayuden a meter las tortillas en bolsas; uno mete en un saquito al otro y todos a mi espalda, a veces traigo algunos tejidos que ella o la otra o el otro acabaron antes de pasar tiempo de alebrijes, puedo agregar algunos chapulines que encuentro en el tercer camino largo, el que no tiene tierra, y vamos masticándole si es que nos quedan limones. Seguimos llevándonos en andas y nos encontramos con la vecina del otro lado del alto con su hijo y su hijo y su hija que, como son más altos, traen también a la abuelita a su espalda, y la abuelita consigue fruta con el antiguo

amigo del camión que nos lleva hasta el cruce, en un canasto sobre la cabeza llevo la fruta de la abuelita hasta que vienen abejas y a veces las seguimos para conseguir miel cuando nos hemos bajado, entonces le regalo tres tlayudas al del otro camión que nos avienta; así sale el sol hasta la bajada de los cerros, entonces andamos y andamos sin que se nos ocurra bailar porque es tiempo de trabajo, no hacemos un solo animal entre todos, sólo sirve la dureza en las plantas del pie que no deja de pisar la calle, y cada quien nada más con su silencio en el desierto de ciudad, gente sin temperatura la güerita, el güerito, la güerita y el güerito que no me responde, cómpreme para que yo venda, cómpreme para que yo venda, ¿sí? Hay algunos temperados que me ven de piedra y no de hueso, no me miran siquiera pero yo les acompaño hasta que de mí viene un sonido que tampoco es mío porque es tiempo de trabajo, silencio, piedra de la calle, y andando llego incluso a la carretera del otro lado de nuevo; una vez un demonio me ofreció llevarme al mar si le daba todas mis tlayudas, mi ropa y mis pelos, otra vez no estaba el demonio cuando quise venderle porque era día malo. Cuando la luz se va cuento las monedas en la bolsa que guardo dentro de la bolsa, compro harina y carne para otro tiempo de trabajo, las guardo en la bolsa, encuentro a mi hija, a mi hijo, a mi hija y a su hija, cada uno va en su saquito; ponemos sus

monedas en otra bolsa, alcanzamos a regalarle las tlayudas viejas al otro del camión, luego la miel que conseguimos recoger para que el nuevo amigo nos aviente hasta el cruce, arrastramos los pies por tierras que van brotando porque suena música de tormentas, maullidos, soplajes, arañazos desde los arbustos en busca de las bolsas. Y se las damos. Luego busco leña para que no se apague el brasero, me siento junto al fuego con mi hija y mi hijo y mi hija y su hija y la hija de su hija, cierro los ojos porque en ese momento llega a mi regazo la iguana de flores en la espalda que se me hace pájaro, me pica el burro rojo con culebras en la piel, viene a bailarnos la rana plateada con antenas y alas en su forma de serpiente, gallo negro sin ojo, nagual que no miro de tan oscuro que es, risa de animalitos, también aquel otro se me vuelve gato, ocelote puro amarillo y como flauta.

4

Convéncete: los muertos no pueden escribirle a los vivos.
Me anotó eso antes de morir. Recién hoy recibo su carta.

5

Un ocelote pálido con finas pintas largas rosadas, irregulares patas púrpura, uñas naranja, el interior de las orejas morado con un centro blanco. Por la frente, una figura hexagonal con brillantes; en el lomo, la misma figura ampliada a seis espejos sobre un textil a rayas verdes, violáceas y con bordes que también reflejan, ante una cola a tiras doradas, índigo y fucsia hacia la punta que se enrosca en la misma posición temerosa, cabeza gacha aunque en su mirada café con pupila blanca no hay miedo, sino la siguiente sabiduría:

Un ocelote amarillo con un patrón homogéneo de manchas negras que asemejan huesos humanos. Su cuerpo enorme está agazapado y, entre sus dientes –la boca abierta–, sostiene el cuello tieso de un ciervo delgado de piel cerámica con leves brochazos alimonados, largos; pecho y cuello marrón, esos cachos caídos contrastan con la tensión de sus patas

delanteras que luchan por no dejar escapar la vida, y también con la expresión despreocupada del ocelote, para quien el juego es este:

Un ocelote crema casi canario. Sus articulaciones equinas son frágiles pero no su cola de mapache con punta blanca, igual que sus pies y su hocico, que permanecen firmes, y por esas fauces abiertas se distingue el carmín entre los colmillos nieve, ojos azules con negro que asemejan los de esa niña; en los muslos luce arabescos granate y en la espalda una figura acromática donde si miras fijamente verás una puesta de sol en alta mar, un espejo o un recuerdo importante que a continuación deja de serlo:

Una liebre erguida, egipcia, furiosa, seductora. Esmeralda la cara, sus pestañas son amarillas bajo las cejas negras, sobre los ojos blanquiverdes de pupilas rojas y color crudo. En el entrecejo, ocho puntos grises apenas visibles y la frente cruzada por un camino añil donde la recorren sombras tornasol de ocho iguanas por la columna hasta la cola, flanqueadas por infinidad de otros puntos albos minúsculos, llamas violeta anaranjada, rayones colorados

y dos líneas paralelas, sutura de las gotas de plata que en la cola –parecida a una flor acuática– se abren en más puntos bermellón de diferente intensidad, pétalos descuajados que llegan en la punta trasera a un sol que puede ser también el polen de la maravilla. Con los brazos –abiertos en su propia sangre con clavos de hierro, otras llamaradas y secuencias en ángulo recto que se extienden al estómago y las piernas– toma su oreja izquierda, tan carnuda y tan larga; la toma como si estuviera estrujándose, para lucir las flamas zafiro de su borde, jeroglíficos lila, garabatos que se encienden mientras la otra oreja inmensa se le levanta y se le tuerce hacia el cielo, amasijo que al ahuecarse muestra brochazos turquesa y mandarín para escucharme decirte que sus pies, sus garras sangrientas, pintarrajeadas, se parecen a las mías o a las de alguien más en el momento que viene, y es horrendo que no la recuerde:

Un hipopótamo que parece un tapete, lomo de piedra antigua pintada en círculos concéntricos, triángulos, cubos, patrones piramidales que engañan al ojo

tal como se oxida el cobre, rosados, verdosos, cítricos, runas y píxeles hasta llegar a su cara de greda, a esos ojos de borde blanco inyectados cuyas pupilas negras son enormes, a la sombra amarilla de su cuerpo, al cual se le ha enroscado una serpiente de escamas de doradura ígnea, cuyos ojos son aun más blancos, mayor la envergadura suya que la de su huésped, y sus dos tarascas completamente abiertas muestran el mismo contorno, uvácea una y lacre la otra, cuatro colmillos en cada grito, sonrisa o gruñido, y me hablan. No sé. Sólo alcanzo a entender que la cola mamífera a listones alternativamente mostaza y ladrillo se ha entrelazado mortalmente con el aguijón reptíleo, que entre el borde del ano y el muslo de la bestia musculosa seguirá clavada esa punta, como si en la próxima se acariciarán:

6

Tú y yo bailábamos hinchados de calentura una canción a gritos en medio de la pista.

Nos apretaban y nos empujaban hacia la orilla, en el lugar no había nadie más y, aunque el coro era repetitivo, claro y en diidxazaá –plegaria por un caracol en la disco, gritaban–, quién chucha éramos nosotros: una pareja, una voz de mí que se superponía sobre otra falsamente tuya y una más, ajena dentro del sueño; tres amigos –tú, yo, esta masa nomás perdida de nombres ahí, entre tambores senegaleses–, en inglés despertábamos empapadísimos. Y sin embargo era sólo uno en la cama, sin ropa, escribiendo esto afiebrado: cuando guagua entreví delirando que tú eras la babosa y yo la concha en el momento que alguien nos descubría en medio de la pista a gritos y nos llevaba en su bolsillo traspuroso hacia el patio para que nadie nos pisara, aun si no conocía la palabra diidxazaá para caracol de tierra escribo en tchileno: estamos tan lejos del agua y nuestro cuerpo entero es mar.

Mi querida hija:

Se me hace tranquilizador que hayan llegado tan pronto a Oaxaca. ¿Y qué del cuentito en siete partes de que me hablaste? ¿Va sobre la tía abuela o sobre la vida de su padre?

La verdad es que no sé mucho más de lo que te hablé sobre ese episodio horrible que se mencionó en la sobremesa hace pocos años. Cuando me la imagino ahí, encerrada con los ancianos gringos en la bóveda del banco, justo en el momento que la policía empezó a disparar a los profesores en el zócalo, se me resbala este lápiz de los dedos y sólo quiero pedirle a la enfermera que cierre las cortinas.

Yo desde hace muchos años vengo escuchando de mi hermana, y ella a su vez sabía por mi madre, que la tía abuela nos había heredado unas acciones del Banco Mercantil, desaparecido hace años porque, después de

algunos cambios de propietarios, se convirtió en el Banamex. Sí. El Banamex, hijita. Así que ten cuidado: lo que publiques hazlo con otros nombres, y ojalá escribas bien complicado, como tú sabes hacer, para que sólo entienda el señor ese y les entregue el alebrije de una buena vez.

Te confieso que después de la operación me la paso insomne en la noche pensando en ustedes dos. No te preocupes, se me hace infinitamente mejor que seguir soñando horrores como los que me escuchaste la noche buena. Es duro eso que están tramando, hijita. Allá no toleran relaciones como las de ustedes, y las autoridades no aceptan preguntas. Apenas saben que viene alguien con papeles antiguos a investigar le mandan meter bala. Por ello te insisto que sigas con el plan de publicar el cuentito oaxaqueño como un libro digital en Chile. Créeme: si llega a alguno de esos que circulan por la librería de la papelera es seguro que caerá en las manos de algún profesor zapoteco vinculado al sindicato de artesanos.

Creo que tenía dormida en la memoria está información que te pongo en las planillas. No lo recordaba hasta que tu prima, urgenteando en internet con su olfato por el dinero, llega a una información que se llama Acreencias Bancarias, datos que por ley se tienen que entregar anualmente. Ahí están todos los valores, pagarés y acciones que, en poder de alguna institución, no han sido requeridos. Eso es público. Buscas por el nombre y

apellido del interesado, y al poner los nuestros apareció la propiedad de las ocho mil acciones a nombre mío y de tu tía. Nos caímos de espaldas. Es público y nadie se ha dado cuenta. En verdad yo tampoco le puse atención al asunto hasta el año pasado, cuando la cuenta de la clínica de Rochester y nos enteramos de los problemas de dinero que venían.

Hija: me queda tan poco que sólo les pido que paguen las deudas y con todo el dinero restante actúen. Recuperen el alebrije. Esto le da esperanza a mis horas de pesadilla: imagino la vida cotidiana en una región sin caciques, los pueblos libres de la podredumbre burocrática, despojados de ese comercio para el cual las niñas tienen que trabajarle su sexo a unos niños grandes que nunca maduran.

Antes que me olvide, lo primero que preguntabas: la tía abuela fue soltera de toda la vida, lo que no significa que no haya tenido hijas. Desde morrita se dedicó a vender chapulines y tlayudas en los mercados hasta que su madre, que era diestra, empezó a fabricar los alebrijes. En ese tiempo nadie los llamaba así, dizque el bisabuelo les encontró ese nombre y puso a todas las hijas a tallar hasta que se hizo famoso por ser el inventor de los alebrijes. Iban hasta de New Jersey a entrevistarlos, así que con el reconocimiento aprovechó de pelearse con el gremio y ganar tantísimo dinero. En la hacienda está el alebrije de

doradura ígnea. Búscalo. Tal vez si siga ahí. Tal vez si esté entre los que guarda el museo. Tal vez si lo vendan por un precio exorbitante en alguna de las tiendas exclusivas que se han instalado en el último tiempo. Al interior de la serpiente está escondida la llave de la bóveda que ella no alcanzó a usar. Tengo una imagen de ese alebrije entre cientos de otros que decoraban el corredor de la casa donde la tía abuela vivió cuidándonos. Ella decía que éramos hijas de sus hermanas que estudiaban en Harvard, en la UNAM y en La Sorbona. No sé cuántas habremos pasado la infancia ahí.

Espero, hijita amada, que den con la bóveda y que con ese dinero que es de todos resulte el levantamiento. El plan es bueno. Y si tu prima tiene razón, y resulta que ustedes se han inventado toda esta historia para mantenerme el entusiasmo, Dios me las bendiga.

No sé si podré escribirles de nuevo para responder lo último que me preguntas. No puedo hablarle a nadie de mis pesadillas, pero no: no aparecen ahí los alebrijes.

NOTA EDITORIAL

Este cuento fue publicado anteriormente con el título «Cortas las siete pesadillas con alebrijes» en la antología *Disculpe que no me levante* (Madrid: Demipage, 2014) y en traducción al inglés por Ruy Burgos-Lovece y Will Vanderhyden en el chapbook *Short the Seven Nightmares with Alebrijes* (Pittsburgh/Puebla: Tunnel Books, 2015).



SANGRÍA

PUBLICACIONES EN CHILE

Narrativas contemporáneas

1. *El arca (bestiario y ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos)*, compilación de Cecilia Eudave y Salvador Luis
 2. *Los perplejos*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 3. *Segundos*, Mónica Ríos
 4. *Caracteres blancos*, Carlos Labbé
 5. *Carne y jacintos*, Antonio Gil
 6. *La risa del payaso*, Luis Valenzuela Prado
 7. *El hacedor de camas*, Alejandra Moffat
 8. *Oceana*, Maori Pérez
 9. *Retrato del diablo*, Antonio Gil
 10. *Niños extremistas*, Gonzalo Ortiz Peña
 11. *Apache*, Antonio Gil
 12. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
 13. *Alias el Rucio*, Mónica Ríos
 14. *La parvú*, Carlos Labbé
 15. *Misa de batalla*, Antonio Gil
 16. *La expropiación*, Rodrigo Miranda
- EN PREPARACIÓN
17. *El cineasta y los secretos de una banda de pingüinos*, Gonzalo Ortiz Peña
 18. *Mambo*, Alejandra Moffat
 19. *Coreografía pëllü spiritual*, Carlos Labbé
 20. *Nache*, Felipe Becerra

Intervenciones

1. *Cuál es nuestro idioma*, varios autores
2. *Descampado. Sobre las contiendas universitarias*.
raúl rodríguez freire y Andrés Maximiliano Tello, editores
3. *Constitución Política Chilena de 1973*,
propuesta del gobierno de la Unidad Popular
4. 1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza / Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
varios autores
5. *The US Without Us. 6 distopías latinas para las elecciones presidenciales de Estados Unidos*, varios autores

Monumentos frágiles

1. *La Cañadilla de Santiago. Su historia y tradiciones. 1541–1887*,
Justo Abel Rosales.

Reserva de narrativa chilena

1. *El rincón de los niños*, Cristián Huneeus
 2. *Carta a Roque Dalton*, Isidora Aguirre
 3. *La sombra del humo en el espejo*, Augusto d'Halmar
 4. *Tres pasos en la oscuridad*, Antonio Gil
 5. *El verano del ganadero*, Cristián Huneeus
 6. *Poste restante*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 7. *Una escalera contra la pared*, Cristián Huneeus
 8. *Trilogía normalista*, Carlos Sepúlveda Leyton
 9. *Bagual*, Felipe Becerra
- EN PREPARACIÓN
10. *Antología colectiva*, Guadalupe Santa Cruz
 11. *Autobiografía por encargo*, Cristián Huneeus
 12. *Cielo de serpientes*, Antonio Gil
 13. *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*,
Jorge Millas

Instantánea relación

1. *Manon y los conejos hacedores de papel*, Felipe Becerra
2. *Cabo frío*, Antonio Gil
3. *Lolita again*, Iván Monalisa Ojeda
4. *El fantasma*, Mónica Ríos
5. *La*, Andrés Kalawski
6. *La heredera Mei Alison Yang*, Alejandra Moffat
7. *Cortas las pesadillas con alebrijes*, Carlos Labbé
- EN PREPARACIÓN
8. *Peluche lunar*, Maori Pérez

Texto en acción

1. *El cielo, la tierra y la lluvia*, José Luis Torres Leiva
2. *Johnny Deep (Juanito Profundo) y la vagina de Laura Ingalls*,
Alejandro Moreno Jashés
3. *Chile, logo y maquinaria*, Andrés Kalawski
4. *La amante fascista*, Alejandro Moreno Jashés
5. *Berlín no es tuyo*, Alejandro Moreno Jashés
6. *Loros negros*, Alejandro Moreno Jashés
7. *Chueca / Partir y renunciar*, Amelia Bande
8. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
9. *Los clásicos*, Andrés Kalawski
10. *Gastos de representación*, Alejandro Moreno Jashés
- EN PREPARACIÓN
11. *Dos guiones*, Diamela Eltit
12. *Cancioneros populares chilenos del siglo XIX*,
edición de Ana María Ledezma

Ensayo

1. *Las novelas de la oligarquía chilena*, Grínor Rojo
2. *El arte agotado*, Sergio Rojas
3. *Catástrofe y trascendencia en la
narrativa de Diamela Eltit*, Sergio Rojas
4. *Lo que vibra por las superficies*, Guadalupe Santa Cruz
5. *Las novelas de aprendizaje chilenas*, Grínor Rojo

UNITED STATES PUBLICATIONS

Legibilities

1. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
2. *Never, Ever Ever, Coming Down*, Iván Monalisa Ojeda
3. *The Book of the Letter A*, Ángel Lozada
4. *They Have Fired Her Again*, Claudia Hernández

Radicalities

1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza /
Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
various authors
2. *The US Without Us. 6 distopías latinas para las elecciones
presidenciales de Estados Unidos*, varios autores

